

**THOMAS HUBER**  
**EN LA MONTAÑA ESTÁ**  
**LA LIBERTAD**  
**UNA VIDA AL LÍMITE**

# LA LÍNEA INVISIBLE

16 de julio de 2019, Choktoi (Karakórum, Pakistán)



*Grupo Latok. Murallas de roca, hielo y nieve.*

De nuevo estoy sentado frente a ese muro y veo la misma línea invisible que he escalado en innumerables ocasiones en mis pensamientos, una pared que me va a exigir todo lo que he aprendido como alpinista. Es un corredor mortal e impredecible ubicado en la base de la pared. Esa ladera helada que conduce a la entrada, fácil en apariencia, se halla justo bajo una enorme grieta en el glaciar. La única regla es que aquí no hay reglas. Si tomas el camino más fácil hacia la pared, te juegas la vida a cada momento, ya que se encuentra muy expuesto a ava-

lanchas de hielo. Por lo tanto, hay que rodear trabajosamente esa área a través de un pilar rocoso. Doscientos metros de un desnivel tremendo, rapelar por la parte izquierda y cruzar hacia la ladera nevada por encima de la zona de avalanchas. Desde el punto de entrada en la pared norte se alza una cascada de hielo vertical que atraviesa el centro del muro y llega hasta el «corazón», una repisa con esa forma donde instalamos el primer campamento en la pared. Desde allí, sigue hacia la izquierda hasta la masa de hielo central, algo más plana, quizás el

tramo más fácil, pero también el más peligroso. Aquí se acumula todo lo que cae de arriba: piedras, avalanchas, neviza... Esta sección solo se puede escalar en el momento adecuado, es decir, por la noche, cuando más frío hace. Al final de esta ladera de hielo se alza una pared de granito vertical de 800 metros. La línea escalable natural asciende abruptamente hacia la derecha sobre una serie de rampas hasta la cresta de la cumbre. Todavía hay una última oportunidad de acampar a 6.800 metros; desde allí seguimos, bien a través de una afilada arista, bien por un corredor helado, hasta la cima, a más de 7.000 metros. Ese es el final, la cúspide de la pared, un tramo que nos llevará al límite.

¡Qué línea tan hermosa, tan inalcanzable! El nombre de esta muralla de roca, hielo y nieve es Cara norte del Latok I, que se eleva dos mil metros por encima del Choktoi. Este paredón me ha costado mucho tiempo y energía. Es la cuarta vez que estoy aquí, porque creo en el momento perfecto, porque creo que es factible completar esa ruta, en principio inaccesible, si el equipo y la montaña se fusionan en una sola entidad. Otros dicen que he regresado porque soy un iluso, un soñador que ha perdido el contacto con la realidad, un chalado. Si contemplo esa pared con sus ojos creo que los puedo entender. Cuando me lanzo a esta aventura, arriesgo todo: mi presente, mi vida con mis seres queridos, mis amigos, simplemente todo. Todo por esa fría pared.

A pesar de ello, también sé que el mundo seguirá girando, que no va a cambiar absolutamente nada si la conquistamos. Y, sin embargo, todo se altera; el mundo no se detiene para el resto, pero sí para mí, porque he hecho algo en lo que creo. Y si quiero contar toda la historia, todo eso en lo que realmente creo, si quiero explicar por qué mi vida es como es, si igualmente quiero justificar por qué estoy aquí, en Choktoi, tengo que empezar desde el principio.

# MI PEQUEÑO MUNDO

## La infancia

**M**e asomé al mundo con ojos curiosos y un poco de sobrepeso en 1966. Según me dijeron después mis padres, había niños más guapos que yo. Pero, al parecer, estaba muy bien y apreciaba que me cuidaban perfectamente. Siguieron la costumbre familiar y me pusieron de nombre Thomas, como antes lo fueron mi padre y mi abuelo. Aprendí a caminar con apenas diez meses; poco después dije mis primeras palabras y, por lo visto, ya desde la cuna era muy impaciente.

En una ocasión, era todavía un bebé, pasé una noche muy inquieta, por lo que mi madre, preocupada, vino a la cuna a verme. En ese momento advirtió una luz brillante en el patio. ¡Las cuadras ardían! Los bomberos de Palling vinieron enseñada y evitaron lo peor. Con la ayuda de los vecinos lograron salvar a todos los animales, pero los establos ardieron hasta los cimientos, si bien pudieron salvar la casa. Al cabo de un año, ya lo habíamos reconstruido todo y mis padres decidieron dedicarse a la cría de toros. El ganado de leche daba muchísimo trabajo y mi padre prefería pasar el tiempo en la montaña en vez de ordeñando.

En esa época estaba en camino otro miembro de la familia Huber. Poco antes de la Nochevieja de 1968 nació mi hermano Alexander. Era un niño muy guapo, como se aprecia en las fotos de entonces. Todos estos trascendentes acontecimientos han desaparecido por completo de mi memoria. El primer recuerdo consciente que tengo es del corral nuevo, con el firme pavimentado, lo que más tarde resultó ser una superficie ideal para las carreras de karts. Por aquel entonces, nuestro padre se centró en reorientar su vida laboral: completó el módulo de empleado de banca, mientras que mi madre se encargaba del ganado y nosotros jugábamos en el patio. Curiosamente, no nos dábamos cuenta de lo importante

que era la montaña para nuestro padre. Casi todos los fines de semana se iba de ruta y vivía alguna aventura en la vertical.

Tendría unos cuatro años cuando mi padre sufrió un accidente mientras escalaba en la zona de Dachstein. Cayó treinta metros en la cara norte del Bischofsmütze y, durante la caída, la cuerda le provocó una herida en la pierna que le llevó al quirófano. Fuimos a visitarlo al hospital y nos explicó lo que había pasado. En ese momento, juré que no iría nunca a la montaña y tampoco quería que mi padre volviese. Las montañas se convirtieron para mí en lugares peligrosos en los que uno podía matarse. Sin embargo, aquel accidente no alejó a mi padre de la pasión por la escalada, aunque no volvió a contar nada de sus incursiones montañosas. Unas vacaciones que pasamos en los Dolomitas confirmaron mi aversión hacia la montaña. ¡Qué inútil era esforzarse en subir a una cumbre! Desde luego, me negaba con toda mi alma a realizar cualquier actividad alpina.

Al margen de ese odio, mis recuerdos de la niñez recrean un país multicolor poblado por las travesuras infantiles por las calles del pueblo; el jardín de infancia donde estaba la horrible monja que nos castigaba cuando hacíamos una trastada; los trompazos que nos dábamos al esquiar por las lomas cercanas y, sobre todo, los días que pasábamos en casa de nuestras abuelas. Aunque nuestros abuelos también vivían, siempre nos referíamos a “donde la abuela de Palling” o



*Junto a mi hermano Alexander, un vínculo indisoluble.*

“en casa de la abuela de Tyrlbrunn”. Ambas casas eran muy diferentes entre sí, igual que los dos pueblos: en comparación con el bucólico y salvaje Tyrlbrunn, que contaba con cinco casas más la iglesia, Palling era un pueblo moderno y grande. Tenía una iglesia, claro, y cementerio, escuela, un convento, restaurante, una carnicería, panadería, cantina, farmacia, médico y hasta un dentista. En resumen, todo lo necesario para la vida diaria. Hacia el este se extendían los campos de siembra por el suave y mullido paisaje de los Prealpes; hacia el oeste, el límite venía marcado por la sierra de Palling, atravesada de norte a sur como si se tratara de un muro de cien metros de altura y diez kilómetros, con un relieve moldeado durante la última glaciación.

La abuela de Palling vivía en una pequeña casa al lado de la nuestra y siempre tenía algo para picar. Nos contaba muchas historias de cuando era niña. El abuelo, por su parte, solo hablaba de la guerra. Había sido sanitario en las dos guerras mundiales, en ambas había estado en primera línea. Nos hablaba de camaradería, pero, sobre todo, de la sinrazón de la guerra.

En Tyrlbrunn, en cambio, vivíamos el presente. La abuela tenía una vieja y robusta casona con un roble enorme frente a la puerta. Detrás del establo había un huerto generoso, donde crecían frutales y moreras que daban unas bayas dulces y riquísimas. En mis recuerdos aún está presente el aroma de esa casa, una mezcla del olor a establo y a puchero crepitante en la lumbre. Cuando me dejaban pasar la noche en Tyrlbrunn, el ritmo de la vida campestre se adueñaba de mí. Nos despertaba el gallo al amanecer, la madera crepitaba en la cocina de leña, mientras la leche recién ordeñada hervía en la olla. La abuela me preparaba un cacao caliente con una fina capa de nata. Aunque me decía a menudo que era muy bueno y que me haría fuerte, a mí no me acababa de gustar tanto dulzor, así que siempre tomaba el cacao sin la nata, pero añadía una tostada de pan con mermelada. El abuelo bebía café de puchero, con mucha leche y tres cucharadas de azúcar. También fumaba en pipa. Una vez probé un sorbo de aquel brebaje, tras lo que decidí tomar el café con muy poca leche y nada de azúcar. Luego bajábamos a la cuadra, dábamos de comer a las vacas, las ordeñábamos y las sacábamos a pacer. Después tocaba pasar por el gallinero a recoger los huevos.

La abuela estaba casi siempre ocupada en la cocina: horneaba pan, embotaba mermelada y, siempre que iba a verla, me hacía mi plato favorito, un contundente guiso de carne de ternera con pimientos, cebollinos y mucha pimienta negra, acompañado de buñuelos al vapor. Hacía los buñuelos en la lumbre, en una olla de hierro con tapa de madera, envueltos en finos paños de lino. Solo ella sabía cuándo estaban listos. Eran riquísimos, blancos y esponjosos por arriba, con su corteza dulce y crujiente por abajo. Y que no se te ocurriera levantar la tapa muy pronto, porque entonces echabas todo a perder. Los buñuelos necesitaban un



toque especial que solo tenía la abuela. En ocasiones nos los servía con compota de manzana casera. Sin duda, la abuela era la mejor y en Tyrlbrunn era donde mejor lo pasábamos.

Al poco tiempo de que falleciera el abuelo de Palling, a los 82 años, hubo en el pueblo unas maniobras militares conjuntas y me dejaron montar en un tanque. Después, mi padre me contó la historia de cómo mi abuelo había subido a un tanque estadounidense cuando Palling fue liberado de los nazis. En el invierno de 1944/45 ya empezaba a vislumbrarse el final de la guerra. Los aviones aliados sobrevolaban con frecuencia Palling en dirección a Salzburgo. Al sonar las sirenas, los vecinos del pueblo se refugiaban en el sótano de sus casas y esperaban hasta que sonase de nuevo la alarma. Muchas noches, el cielo se iluminaba hacia oriente a causa de los bombardeos y el pequeño Thomas, mi padre, se daba cuenta de que la guerra solo traía muerte y desgracia. Estaba feliz porque su padre no tuviera que volver al frente tras haber caído herido y de que la guerra hubiera terminado finalmente.

Los estadounidenses tomaron pueblo tras pueblo y, cuando se acercaron a Palling, mi abuelo tuvo los arrestos de subir a la colina con una sábana blanca para recibir a la columna de tanques y confirmar que Palling se rendía pacíficamente. Los blindados llegaron a la plaza del pueblo, donde los esperaban el pequeño Thomas, su madre y los demás vecinos. En el primer tanque venía su padre, encañonado por un soldado estadounidense. En la plaza reinaba un silencio sobrecogedor. Todos miraban a mi abuelo, el ganadero de Riedl. El pequeño Thomas no olvidaría jamás ese momento crucial. Por un lado, estaba orgulloso de su padre y, al mismo tiempo, sufría el inconcebible miedo de estar totalmente a merced de la arbitrariedad de otro.

Cuando mi padre contaba esa historia, yo percibía ese orgullo que sentía por mi abuelo, me daba cuenta de cómo lo admiraba por su valentía. Yo también quería a mi padre, para mí no podía haber otro mejor. Sin embargo, había algo que me sobrepasaba: el miedo a que un día no regresara de esos terribles montes. Y aun así me esforzaba en entender por qué iba a la montaña. Quería saber por qué alguien se exponía de manera voluntaria a un peligro mortal. Un día, comenzó a contarme sus vivencias como montañero. Me habló de sus primeras e intrascendentes experiencias en el mundo de la escalada. Al ver que lo escuchaba entusiasmado, empezó a relatar sus aventuras más locas, las ascensiones invernales en noches muy frías y míseros vivacs, cordadas temerarias con su cuadrilla en las montañas de la región, como el Wilder Kaiser o los Alpes de Berchtesgaden, y también me habló de grandes paredes como la cara norte de Les Droites, el pilar Walker en Chamonix o la Norte del Cervino. Cada aventura era una historia en sí misma, las contaba con tanta emoción y pasión

que comprendí que detrás de esa vida heroica de alpinista había mucho más que “escalar montañas”.

Así que un día le pedí que me llevara con él al monte. Me encontré cara a cara con un mundo totalmente nuevo, sin comparación con lo que había conocido. Mi padre me animó a intentar escaladas sencillas y me explicó algunas de las técnicas y maniobras del alpinismo; me enseñó paredes que había escalado con sus compañeros de cordada. Me ayudó a descubrir la belleza y la libertad que solo se pueden hallar en la montaña. Fue cuando entendí sus ideales.

## Mi padre descubrió la montaña

Si hacía buen tiempo al salir de la escuela, Thomas, mi padre, solía dar un rodeo de varios kilómetros por un sendero que subía hasta una suave colina. Se sentaba en un prado y miraba las montañas. Estudiaba el paisaje con su mirada aguda y, al poco, conocía todas las sierras, picos y vertientes, sin saber el nombre de



*Agradecemos a nuestros padres que nos abrieran la puerta al mundo de la montaña hace más de 40 años.*

una sola cumbre. El panorama se fue convirtiendo en su mundo y en su mayor anhelo. En su imaginación, escaló varias veces todas las cumbres visibles, hasta que, finalmente, un tío suyo se enteró de su fijación y le dio nombre propio a cada montaña: Dachstein, Watzmann, Untersberg, Wilder Kaiser. Fue su tío quien le llevó por primera vez a explorar esos parajes. Subió con zapatos de calle y ropa de domingo por el Reiteralpe hasta el refugio Wartstein y coronó el Häuselhorn al día siguiente. La mayoría de los caminantes iban por una senda bastante transitada, pero el pequeño Thomas quería descubrir todo lo que se apartaba de la senda. Trepó por las rocas, saltó de piedra en piedra como un rebozo e hizo caso omiso a las advertencias de su tío. Fue el mejor fin de semana de su corta vida, que a partir de entonces tomó un rumbo distinto.

Los montes de Palling atesoran una peculiaridad, una cantera de conglomerado de unos veinte metros de altura. En esas paredes trazó Thomas sus líneas a través de pequeños escalones en la roca, cornisas y rampas; encontró empinados ascensos provisto de unos simples mocasines y mucha valentía. Fue la mejor preparación que pudo tener para sus siguientes aventuras en la montaña. Su tío, quizá la única persona que realmente lo entendía, le regaló el libro *La escalada en roca* del “Papa del Wilder Kaiser”, Franz Nieberl. Así, los fines de semana fue cada vez menos habitual ver al joven de 13 años en la misa dominical. Pedaleaba de manera furtiva hacia las montañas de Chiemgau y ascendía al Hochfelln, el Rauschberg, el Hochgern y la Hörndlwand.

Hörndlwand. Ya solo el nombre resultaba enigmático. Se puede hacer cumbre fácilmente desde la cara sur, pero por el norte hay una pared casi vertical de unos 150 metros de altura. A los pies de esa pared vio por primera vez a gente que escalaba. Observó cada paso que daban, cada maniobra, y buscó más rutas escalables por la pared. En el borde izquierdo de la cara norte del Hörndl descubrió una posible ruta de ascenso, una profunda chimenea que lleva a una cresta afilada que luego continúa hacia la cima. Esa ascensión vertical, conocida como la chimenea Redwitz, no se le iba de la cabeza al joven Thomas. Cuando volvió a casa en bicicleta, sus padres no se mostraron muy entusiasmados, como de costumbre, pero no él dejó que nadie le detuviera. Tenía un plan y siguió con sus entrenamientos de técnicas de escalada en la cantera.

A los 13 años se sintió con la fuerza suficiente, así que se montó en la bici y llegó a la base de la Hörndlwand. Con total confianza en sí mismo, se enfrentó a la chimenea hasta llegar a un bloque de roca que le impidió el paso. Retroceder no habría sido en absoluto heroico, por lo que solo tuvo una opción: seguir hacia arriba. Al menos, así lo describía el libro que había devorado. Escalar montañas significa enfrentarse con valentía a los peligros y superarlos con destreza. Estaba decidido a convertirse en un verdadero alpinista, con lo que se recompuso y

subió con todas sus fuerzas por el desplome, con la esperanza de que después la ruta sería más fácil. Pero se puso todavía más difícil y fue entonces cuando se dio cuenta de que gestionar esto con un enfoque heroico podría ser un error fatal. Sus piernas empezaron a temblar, presas de un baile de San Vito irracional que pronto le sacudió todo el cuerpo. No veía margen de maniobra ni hacia arriba ni hacia abajo, parecía estar en un callejón sin salida. Lo único seguro era que iba a bajar, ya fuera por la pared o en caída libre.

Logró descender y salvar la vida, pero no tuvo muy claro cómo lo había hecho. Abatido y lleno de humildad, emprendió la vuelta a Palling. Esta experiencia le causó una profunda impresión. Sin embargo, abandonar el alpinismo significaba continuar en la cuadra y emplear los domingos en vestirse con ropa elegante y sombrero para ir a la iglesia. Ese no era su mundo. Encontró en la música una nueva forma de escapar de la realidad impuesta por sus padres y se dedicó a tocar el violín. Mas no pudo borrar de su vida el embrujo de los montes.

Después de esa experiencia en la Hörndlwand, dejó de lado las grandes paredes y se conformó con rutas más fáciles, la mayoría en la región de Berchtesgaden. En la cima sur del Watzmann tiró al vacío su sombrero de los domingos. Fue como liberarse de las restricciones familiares, rebelarse para encontrarse a sí mismo. Y eso lo logró gracias a la montaña y a la música. Cuando estaba solo en una cumbre con el silencio como única compañía, escuchaba en su mente un concierto para violín de Beethoven; cuando tocaba el violín en casa sentía nostalgia de las montañas. Únicamente cuando encontró este mundo propio logró hallar el equilibrio con sus obligaciones familiares como hijo de ganaderos.

Tiempo después de la experiencia en la Hörndlwand, a los 16 años se inscribió en el Club Alpino de Trostberg. Completó su primera escalada real en cordada con Walter Kellermann, la directa en la cara oeste del Kleiner Watzmann, de grado 5 inferior. Subió sin miedo, sus movimientos eran fluidos y armónicos como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. El hielo se había roto, ahora sabía lo que podía hacer, la confianza del joven Thomas en sí mismo se había multiplicado.

Un fin de semana soleado, él y Franz Dürschmied, su nuevo compañero de escalada, subieron a la Zündapp 200 con destino a Berchtesgaden, concretamente a la Scharitzkehlalm en el Endstal, algo así como el paraíso de todo escalador. Es una pradera alpina de verde intenso en cuyo centro destaca una rústica cabaña de pastores, todo ello enmarcado por un circo glacial de 500 metros de altura. En el flanco izquierdo está el Kehlstein, desde donde arranca la dentada cresta del Mannlgrat que lleva hasta la cima del Hoher Göll. Más abajo está la compacta pared rocosa del Endstal, un valle cerrado por ese enorme muro de piedra que se asemeja a una caldera de tamaño colosal. Sus paredes se alzan majestuosas sobre los derrubios, compactas por todas partes, roca de la mejor calidad y con